

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 97.—BARCELONA 13 DE MARZO DE 1916



Ametralladora belga arrastrada por perros

CRONICA INTERNACIONAL

I. El Czar y la Duma.—II. El delirio de millones.—III. Dos discursos interesantes.—IV. Síntomas de debilidad en Rusia

I.—El Czar y la Duma

Por primera vez en la historia política de Rusia, el Czar se ha dignado visitar el Palacio de Tauris, asistir al oficio religioso preliminar de la apertura de la Duma, y cambiar algunas palabras con el presidente del Parlamento, Rodzianko, y ser saludado por los representantes del pueblo. El hecho es de alta significación, aunque es claro que nuestros comentarios, neutrales, no pueden coincidir con los que se han expresado en Inglaterra y Francia.

Nació la Duma contra la voluntad del partido reaccionario, que la declaró desde el primer momento fiera hostilidad; más de una vez sufrió las consecuencias de esta ira, y arrastró siempre una vida lánguida. Se admitía que se congregasen los miembros del Parlamento, pero se pretendía que sus lenguas no se soltaran; y cada vez que la espontaneidad ponía al descubierto las lacerias de la Administración y los defectos del sistema político, la represión no tardaba en llegar. Ya declarada y en pleno curso la guerra, la Duma se debatió estérilmente; nadie habrá olvidado los desaires que recibió del Gobierno anterior; la separación en que se la quería mantener con respecto al Soberano. Lo mismo sucedió con la representación de grandes indus-

triales. No parecía sino que el Trono y el pueblo debiesen de vivir separados, pese a los sentimientos personales del Monarca y al deseo bien manifiesto de sus súbditos; pero de la compenetración entre aquel y éstos, se produciría necesariamente el derribamiento de la máquina que gobierna los destinos de Rusia, y que Dios sabe cuánto tiempo todavía seguirá gobernándolo.

Esa distanciación produjo en el pueblo los naturales frutos; cundieron los síntomas del cansancio encendido por la larga duración de la guerra; el convencimiento de la derrota y el desengaño se abrieron paso; se comenzó a hablar de la paz... Y como el día de la paz se liquidarán muchas cosas, y la primera de ellas el modo cómo se practican y funcionan los sistemas de gobierno, la situación se hizo alarmante. Era menester poner un dique a la atmósfera pacífica, que se iba extendiendo, y para ello se aguardó con paciencia que un rayo de luz iluminara las tinieblas militares del ejército ruso. Erzerum fué el pretexto. Al que tiene mucho de qué dolerse, cualquier beneficio se le antoja extraordinario. La conquista de Erzerum, a juicio de los periódicos gubernamentales del Imperio ha sido «un hecho casi fabuloso, el más importante de cuantos han ocurrido desde que estalló la guerra.» El espíritu

público, harto decaído con sobrada razón, desató su entusiasmo; por fin, los rusos obtenían una victoria. A raíz de ella, el Czar visitó la Duma; no puede negarse que el momento estuvo bien elegido; el patriotismo vibraba y se prestaba a los mayores efectos.

Luego de haberse retirado el Czar, pronunciáronse en la Cámara entusiastas discursos. En un instante se dió al olvido todo lo ocurrido y las cosas se vieron de color de rosa. Inglaterra y Francia eran las más fieles y abnegadas que jamás pudieron existir; se habló de la crueldad y de la barbarie alemana; sonaron ardientes cantos a «nuestros hermanos» los polacos, víctimas de la tiranía alemana; hasta la misma Suecia llegó a hacerse simpática... ¡Humo, oratoria! ¿Qué quedará de todo ello? ¡Nada! Volverá la realidad a dejarse sentir y las ilusiones se marchitarán, porque nunca los entusiasmos de momento han servido para fundar nada estable. La voluntad—sirva de ejemplo la inglesa—tiene mejor temple y le gusta mirar las cosas cara a cara, como son.

Fué menester que los alemanes se apoderaran de Polonia, para que, ¡por fin! los rusos hicieran algo positivo, aunque sólo de eficacia teórica o platónica, en favor de los polacos. Aquella solemne promesa del Gran Duque, al comenzar la guerra, quedó incumplida mientras hubo un soldado ruso en Polonia. De la misma manera, ahora ha sido necesario que Rusia se viera en una situación apurada y crítica, para que los gobernantes consintieran la visita del Monarca a la Duma. En estas condiciones ¿puede justificadamente decirse que el sistema constitucional impera, por fin, en Rusia? ¿no será más exacto sostener que ello sólo es una de tantas maniobras a que se acude en las circunstancias aciagas, para reforzar la acción del partido que tiene las riendas del poder, a espaldas de una gran parte del pueblo? No podemos ver en lo sucedido más que una función de fuegos de artificio, que deslumbran, pero que no dejan rastro.

II.—El delirio de millones

En su reciente discurso de petición de nuevos créditos para la guerra, Mister Asquith barajó con sencillez envidiable cifras fantásticas, que asombran. He aquí un breve resumen de ellas, que infunden espanto al mejor financiero.

El total de los créditos concedidos desde 1.º de abril de 1915 a 31 de marzo de 1916 importa mil cuatrocientos veinte millones de libras (la libra, 25 pesetas oro), y el total de los créditos desde que comenzó la guerra, 1,782.000.000 de libras. Los gastos diarios ascendieron desde 1.º de abril al 17 de julio, a 2,800.000; desde el 18 de julio al 11 de septiembre, a 3,500.000; desde el 12 de septiembre al 6 de noviembre, a 4,350.000; y desde el 7 de noviembre al 19 de febrero, están comprendidos entre 4,300.000 y 4,400.000. Considerando solamente el ejército, la marina y las municiones, propiamente dichos, desde el 7 de noviembre al 19 de febrero se gastaron 317,500.000 ó sea un promedio diario de 3,000.000.

Los empréstitos facilitados al extranjero y a los dominios, ascendieron, hasta el 6 de noviembre, a 168,900.000 libras; lo fueron en concepto de adelantos a las naciones aliadas, pero aquella cifra no re-

presenta la suma total anticipada, sino la parte de ella sacada de los créditos votados por las Cámaras. El Banco de Inglaterra ha hecho otros anticipos, por orden del Gobierno; y el presidente opinó que el total de esos adelantos y empréstitos, no excederían hasta 31 de marzo, de 423.000.000 de libras.

Respecto de los gastos futuros, Mister Asquith los estimó superiores a los pasados, y los evalúa en 5,000.000 de libras al día.

Para el año financiero 1916-17, el presidente pidió un primer voto de créditos por valor de 300.000.000 (el décimo desde el comienzo de la guerra), que elevará la cantidad votada hasta ahora a 2.082.000.000, suma que, según las palabras textuales de Mister Asquith, «no sólo no tiene precedentes, sino que deja atrás lo que pudo soñar la imaginación de cualquier financiero, sea del país que fuere, que haya tenido que entender en estas materias.»

Por lo demás, el Presidente dió seguridades de que se evitarían los gastos inútiles y que en la inversión de los créditos concedidos se seguiría un criterio de sana economía, pero advirtió que «la ejecución de la guerra y de las operaciones militares en la inmensa escala que ahora tiene lugar, y en condiciones que jamás nadie pudo prever, ni nosotros mismos, ni ninguna otra nación, puede garantizar que no ocurran infinitas posibilidades de descuido, gastos superfluos o imprevistos». No por lógica y racional, deja de ser pavorosa esta coletilla, que fué sin embargo bien acogida, como el resto del discurso, por la Cámara, dicho sea en honor suyo.

Las naciones, egoístas como los individuos, no se conmueven hondamente por las matanzas que tienen lugar en Europa y Asia hace año y medio; la sangre ajena no entristece mucho; de ella apenas vemos otra cosa que la parte de gloria y de leyenda, porque las miserias escritas pierden casi todo su efecto. No ocurre lo mismo con los gastos.

Las finanzas del mundo forman un conjunto inseparable. Están tan enlazados los intereses económicos de unas naciones con otras, y repercuten hasta tal punto sobre todas las fuentes de producción y la existencia interior de los pueblos, que el desequilibrio en una parte del engranaje trastorna y altera el resto. Vano sería creer que los gastos de la guerra pueden salir de los bolsillos de los contribuyentes de las naciones beligerantes; una parte de ellos enriquecerá todavía más al grupo de los grandes capitalistas que por sus negocios son cosmopolitas, y otra parte mayor se perderá completamente enterrada en los mares y campos de batalla, sin compensación posible. La pesadumbre del presente derroche recaerá sobre las Haciendas públicas y los negocios del mundo entero, y las víctimas serán las clases productoras. Debe establecerse, por consiguiente, que si los beligerantes hacen la guerra con su sangre, la pagan con el dinero de todo el mundo, aunque este pago sea indirecto y *a posteriori*, y en este sentido ¿tienen derecho a prolongar la guerra y no hacer caso de la voluntad de los neutrales? Los gastos de Inglaterra no hacen temblar sólo al Imperio británico, sino al mundo entero. ¿Qué espanto no se sentirá si se agregan los gastos, casi tan estuendos, de Alemania, Francia, Rusia, etc.? Cuando se restablezca la paz en Europa, comenzarán a sentirse sus consecuencias sobre los neutrales. ¡Dios

quiera que acabe pronto el delirio insano que se ha apoderado de la humanidad, para que no sean inaguantables los tiempos de dura prueba que nos aguardan!

III.—Dos discursos interesantes

En la sesión celebrada por la Cámara de los Comunes el 21 de febrero, pronunciáronse dos discursos que interesa conocer, porque demuestran lo que muchas personas ignoran: que los juicios que formamos sobre la acción de los beligerantes por la lectura de su prensa son equivocados; en los países en guerra no se ven las cosas tan de color de rosa como se quiere hacer creer. Los periódicos de Londres dan de ambos discursos los extractos que siguen a continuación:

El capitán Bennett Goldney (unionista) se lamentó de las tendenciosas explicaciones dadas por los ministros en otras sesiones acerca de la falta de preparación contra los ataques aéreos. En el ataque del amanecer del día anterior, la flotilla enemiga abandonó indemne, como en otras ocasiones, la costa inglesa. Refiriéndose al ataque diurno contra Dover, del 23 de enero, el sub-secretario de Guerra, hablando en la Cámara—y fundándose en parte en un informe del Almirantazgo—dió una impresión que distaba mucho de estar de acuerdo con los hechos. Los aparatos no estaban listos ni los oficiales presentes. El Gobierno había elegido, tal vez por razones de economía, un alojamiento para ellos, distante más de tres kilómetros del aeródromo, y era la hora de tomar el desayuno. ¿Estaban las máquinas armadas, y si fué así cómo se explica que un oficial tuviese que emprender el vuelo, en la confusión que se produjo, con sólo un Winchester y cinco cartuchos? El ascenso se hizo después de haber desaparecido de la vista el aeroplano enemigo. Lo que aconteció fué un combate entre uno de los aeroplanos ingleses y un hidropiano, también inglés, cada uno de los cuales tomó al otro por enemigo. Advirtiéndolo la lucha, los artilleros de tierra rompieron el fuego contra los dos aviones, y en vez de derribarlos destruyeron en parte la torre de la iglesia de Walmer e hirieron a algunos hombres en el cuartel. Los ministros dicen que las cosas ahora van mejor, y debe de ser cierto porque es imposible que vayan peor que antes. Preguntó si después de 18 meses de guerra se disponía de suficiente número de pilotos bien instruídos y artilleros capaces de manejar las máquinas que les daba el Ministerio de municiones. Deseaba conocer si la escuadra de enseñanza poseía bastantes pilotos prácticos para instrucción y si había suficientes aeroplanos. ¿Hay buenos talleres de reparación y cuarteles higiénicos para el personal? A su juicio, faltaban los unos y los otros. El Gobierno dijo que estaba preparando terrenos a propósito en las cercanías de Londres; pero ¿existía ninguno de esos puntos de aterrizaje en la costa oriental y en Kent? Ayer mismo, al pasar junto a un terreno llano que había sido elegido como de aterrizaje en cierto lugar de Kent, advirtió que lo acababan de roturar, inutilizándolo para aquel objeto. En otro concepto, ¿podía decir el Gobierno por qué los cañones anti-aéreos de Dover sólo dispararon granadas de percusión, cuya eficiencia depende de que el impacto sea

directo? Sin duda el peligro de los ataques aéreos disminuiría mucho si los aviadores ingleses tuviesen más facilidad. El enemigo se presentaba a grande altura, en pleno día, sin que se le viera hasta que comenzaba a lanzar sus bombas, y los aviadores no tenían tiempo de ascender. Si ellos recibiesen oportunamente noticias de la llegada del enemigo, se encontrarían en mejor situación para combatirlo. El vuelo sólo era posible en determinados días, y nada impedía que entonces se mantuvieran en el aire algunas patrullas al otro lado del Canal. Si además se patrullara también en la costa inglesa, se advertiría a tiempo el peligro, y Londres y el interior sabrían que el heroísmo de los aviadores ingleses les protegía contra los zeppelines y aviones.

Mister Lynch (nacionalista), criticó severamente al Gobierno, diciendo que el país estaba gobernado por hombres que no se encontraban a la altura de las circunstancias. El secretario de Estado (*Mister Grey*) nunca había visto la realidad. Era ya uno de los grandes fracasados antes de la guerra, pero después se ha visto que era una gran incapacidad. Si Inglaterra hubiera tenido un hombre del carácter del Presidente Lincoln a la cabeza de los negocios públicos, habría dicho al secretario de Estado: «Debe V. marcharse.» El secretario de la Guerra (*Lord Kitchener*) ha sido un fracaso monumental. Su reputación fué siempre artificial. Era el hombre más desastroso que la nación podía elegir. Sus yerros han sido tremendos. Pero no han sido equivocaciones de un hombre de acción, sino las de un hombre débil, vacilante, que titubea; y, sin embargo, se le encomendó la dirección de la guerra. El orador sabía lo que se decía en secreto, esto es, que al secretario de la Guerra se le habían quitado casi todas sus facultades, pero debía de ser muy humillante para un primer ministro tener a su lado un hombre como aquel y carecer del valor de prescindir de sus servicios. Debe Inglaterra abandonar de una vez para siempre la necia creencia de que por los actuales caminos se conseguirá algo. El tiempo no ha servido de nada a los aliados, pero sí a los alemanes, cuya posición es ahora más fuerte, se ha consolidado más, que un mes después de la batalla del Marne. Hay que prescindir de la creencia que Inglaterra puede rendir por hambre a Alemania o derrotarla económicamente. Se ha de ganar la guerra, pero ha de ser derrotando a los alemanes en el campo de batalla; hasta ahora, ni el Gobierno, ni sus consejeros militares han formado ningún plan para alcanzar aquel fin.

El Gobierno no negó los hechos referidos por los dos oradores, y se limitó a atenuarlos.

IV.—Síntomas de debilidad en Rusia

No podíamos imaginar que a los dos días de escrito el apartado relativo a la visita del Czar a la Duma, esta última confirmaría plenamente la impresión que más arriba reflejamos. Los fuegos artificiales no pudieron ocultar la amargura que se encierra en los corazones rusos, demasiado apesadumbrados para contentarse con buenas palabras.

En las últimas sesiones, las primeras de esta legislatura, la Duma, los diputados, acaso animados por la visita del Czar, han soltado sus lenguas y han

dicho unas cuantas verdades, que hacen presagiar corta vida al Parlamento.

Se trató la cuestión de Polonia; un diputado manifestó que Alemania había prometido la independencia a Polonia, constituyéndola en reino, al que se incorporarían la Lituania y la provincia de Posen, a condición de que los polacos levantarán un ejército contra los rusos. Otro miembro, con el asentimiento unánime de la Cámara, declaró que era menester hacer algo más por Polonia que prometerle reformas o dictar decretos, que se cumplirían o dejarían incumplidos. ¿Cómo el ejército ruso podría reconquistar la Polonia, si previamente no se contaba con el apoyo y simpatía de los habitantes? Hasta aquellos individuos que más se habían opuesto

estado de la opinión en Rusia. Las declaraciones oficiales y las impresiones reflejadas por la prensa inglesa y francesa, seguirán siendo tan optimistas y enérgicas como se quiera, pero, cuanto más exageradas, más endeble es lo que se esconde bajo su superficie. Se extiende en Rusia, con la rapidez de un reguero de pólvora, la convicción en la imposibilidad de derrotar a los alemanes; Francia aún confía, Inglaterra espera, Italia cuenta con su diplomacia; pero Rusia ha padecido demasiado y todo induce a creer que allí ya no es popular la guerra, sino que la sostienen las oligarquías y clases directoras, porque de este modo alejan el día de su irremediable caída. Muy aparatoso, el gigante ruso está dando evidentes muestras de debilidad; ¿resistirá un nuevo



Un convoy ferroviario turco en el Asia Menor

anteriormente a la concesión de libertades a los polacos, aplaudieron aquellas palabras. ¡Demasiado tarde!

Se censuró duramente al anterior Ministro de la Guerra, considerándole el principal culpable de las derrotas militares; y se pronunció una fuerte masa de opinión favorable a exigir del Gobierno que en adelante el Ministro de la Guerra fuese directamente responsable de sus actos ante la Duma y no solamente ante el Czar.

Otros diputados pidieron la dimisión del Ministerio y la inmediata formación de otro genuinamente democrático, que representara las aspiraciones del pueblo. Y no faltó un miembro que tuviera el valor de declararse contra la continuación de la guerra y sostuviera la conveniencia de firmar una paz inmediata.

Así han comenzado las sesiones de la Duma. Después de esto, fácil es formarse idea del verdadero

desastre y soportará indefinidamente la situación angustiosa en que hace meses se encuentra?

F. LARIN.

LAS MATANZAS DE VERDUN

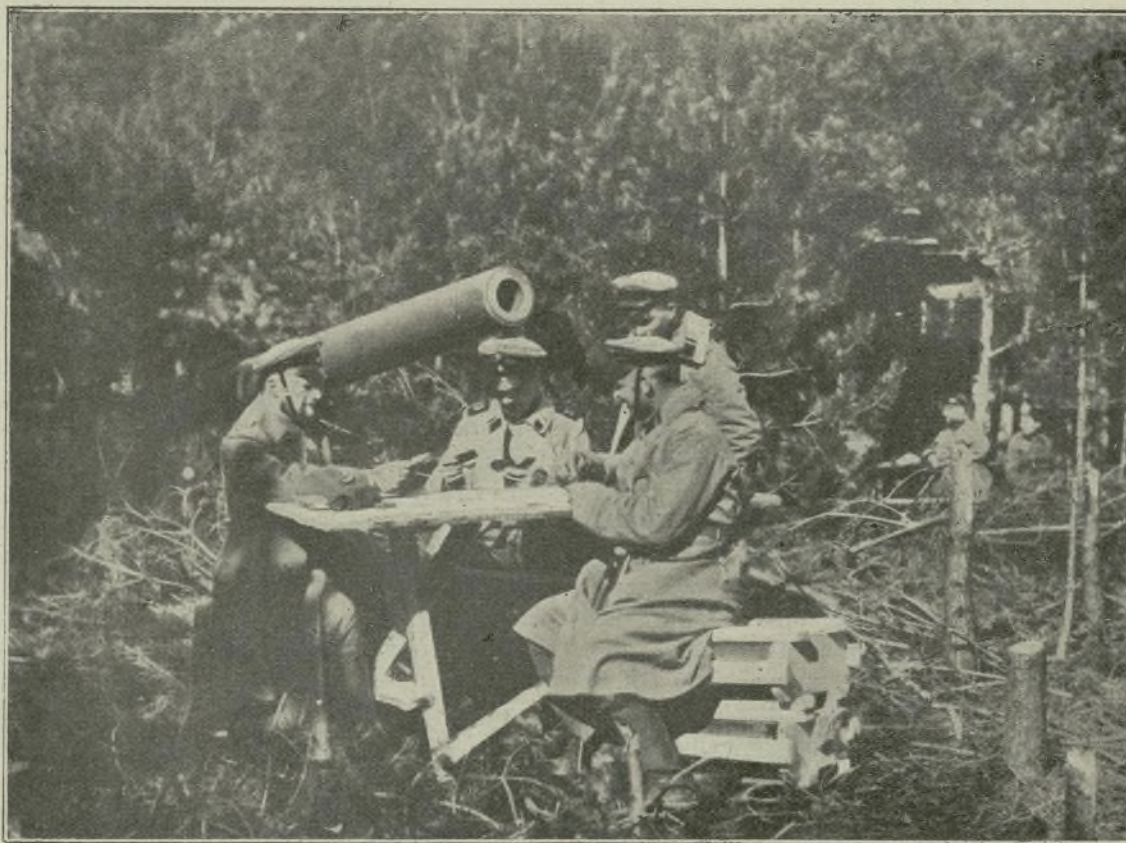
La opinión pública nunca ha concedido demasiada importancia a las operaciones de Rusia, de Italia, en los Balkanes y en Asia; sabe perfectamente el instinto popular que la paz ha de venir de un acuerdo entre Inglaterra y Francia por un lado y Alemania por otro; los demás beligerantes se doblegarán a lo que digan esos tres. Por eso los acontecimientos del frente francés conmueven más, mucho más, a la opinión neutral, que todos los demás.

Nos habíamos acostumbrado a la guerra de trincheras, interrumpida de vez en cuando por algún ataque más vivo, que no hacía más que confirmar el

convencimiento de que en aquel teatro se había llegado a un *statu quo* definitivo, y que ya no volverían a librarse batallas encarnizadas en las que perdieran la vida muchos millares de hombres. Como es consiguiente, las tropas, tanto alemanas como inglesas y francesas que había en aquel frente, se habituaron a la llamada guerra de trincheras, abundante en pequeñas operaciones y en las que la astucia y la destreza individual eran los argumentos definitivos, argumentos reducidos a obtener ventajas insignificantes y a demostrar cada partido a su adversario que no decaía la capacidad guerrera de las tropas. En estas condiciones, se llegó poco a poco a un régimen estable, casi podría decirse de normalidad: periódicamente los hombres de la primera línea pasaban a

realidad. Los generales por su parte hacían cuanto estaba a su alcance para disminuir las probabilidades de que su gente fuera alcanzada por el plomo enemigo, y, cosa rara en la guerra, la vida del soldado era la preocupación constante y preferente de los hombres que estaban a la cabeza de los ejércitos. Era aquello una especie de vida de guarnición, más incómoda y más molesta, que no dejaba de tener sus atractivos—a todo se habitúa el hombre;—después de las espantosas carnicerías de los primeros meses de la guerra, la permanencia en las trincheras no era más que un juego de niños, una guerra con el mínimo de guerra.

No faltarían seguramente quienes, de vez en cuando, pensarán en que por aquel sistema de combatir



Un momento de ocio en las líneas alemanas del bosque de Argona

la segunda y de ahí a la tercera, y en fechas fijas se les concedían algunos días de licencia, que pasaban al lado de sus familias. En el frente, cada cual había llegado a saber perfectamente la dirección en que llegaban los proyectiles enemigos, antes de que la explosión o la caída lo dieran a conocer; la clase de pieza que lanzaba su producto infernal; si la puntería era buena o deficiente; se practicaban con plena eficacia mil ardides y añagazas para engañar al enemigo y librarse de su fuego; los medios de protección eran muchos y hasta el menos avisado sabía obtener de ellos perfecto provecho; en una palabra, el riesgo personal se había reducido al mínimo. Cier-to es que cada día y cada hora ocurrían bajas, muertos y heridos, pero comparado su número con el de las tropas, la proporción era muy pequeña, y aquello se consideraba como un riesgo eventual, poco mayor que el que corre el viadante a quien le puede caer una teja encima; la costumbre hacía lo demás, y la comparación que precede no distaba mucho de la

no se acabaría nunca la contienda, y que más tarde o más temprano habría de volverse a la fiera batalla; pero, entretanto, el tiempo pasaba y ya se sabe que en campaña no es bueno preocuparse de lo que acontecerá mañana, sino simplemente de lo que puede ocurrir hoy. Como consecuencia, ni faltaba donde dormir, ni se carecía de buenos abrigos, de comida sana y abundante, ni de distracciones y pasatiempos; la alegría y el buen humor, proverbiales en todos los soldados, parecía que habían sentado sus reales en las líneas del frente francés, a despecho de los formidables proyectiles, tomados a broma desde el interior de los abrigos por los que debieron recibirlos y sólo los reciben por pura casualidad. Decididamente, no parecía la guerra tan mala como vulgarmente se decía.

Como síntesis de este estado de cosas, se puede tener la seguridad de que el instinto de la propia conservación había resurgido plenamente en todos los ejércitos. Lo favorecían, no sólo las circunstan-

cias expuestas, sino también y principalmente la comparación entre la situación de que gozaba y aquella tan precaria, azarosa y dolorosa de los tres primeros meses de la guerra. Es innato en el hombre cuidar de su propia seguridad y vida, y este cuidado es tanto mayor cuanto menos peligros se corren, porque la presencia continua del peligro acaba por embotar la sensibilidad.

Esto es lo que ocurría en el frente francés, a menos que aquellos soldados no fueran diferentes del resto de los mortales, cuando de improviso sobrevino la tremenda acometida contra Verdun. Muchos millares de hombres, probablemente centenares de millares, fueron de pronto muertos, inutilizados temporalmente o para siempre, por las balas enemigas. Se economizó la sangre durante meses y meses, para derrocharla luego en algunas horas. Los soldados que habían ya aprendido a conservar su vida y a conocer cuán valiosa era para sus deudos y para su patria, fueron implacablemente enviados a la muerte a servir de carnaza a los proyectiles de piezas que en sus entrañas sólo dan albergue a las Parcas. Y, sin embargo, franceses y alemanes cumplieron con su deber, no vacilaron, entregaron dócilmente sus cuellos al cuchillo que había de segarlos, y perecieron, si no contentos, por lo menos resignados y convencidos. Orgullosa puede y debe de sentirse la humanidad de aquellos hombres, que han demostrado que sobre las flaquezas de la carne se cierne impávido el espíritu.

Las matanzas de Verdun son mucho más dolorosas ahora que lo hubieran sido al principio de la guerra. Si a la postre se ha considerado indispensable poner término a la guerra de trincheras, ¿por qué no se hacía el esfuerzo, por unos y por otros, antes de que los cerebros enloquecidos de los combatientes recobraran la razón, y antes de que la sangría suelta de las trincheras enflaqueciera más todavía a los pueblos? Por economizar sangre, ha resultado que se la derramará en cantidades prodigiosas; la falta de atrevimiento oportuno, ha impuesto la osadía tardía y como tal más sensible; con el tiempo se han aumentado los elementos de destrucción y la mortandad ha sido mayor; de nada ha servido la paralización de la guerra, sino para agravar todos sus males.

El culpable de todo es Inglaterra, que ha infundido en los unos alientos y esperanzas con sus buenas palabras y hábiles promesas, sin hacer nada práctico en su auxilio, y ha enfurecido a los otros negando el alimento y los recursos a la población pacífica, a las mujeres, ancianos y niños. Y mientras en Verdun caían a montones los franceses y alemanes, y los habitantes evacuaban la ciudad, abandonando en ella cuanto poseían, para que fuera pasto de las llamas y de los proyectiles del sitiador, Inglaterra nos daba a conocer cómo en sus líneas se dedicaban a la caza de aviones alemanes. Inglaterra se ha excedido en sus artes diabólicas; forzosamente tendrá que rendir cuentas y abonar lo mucho que debe a toda Europa, sean amigas o enemigas las potencias que están envueltas en la guerra. No ha de vivir mucho quien no lo vea.

SUBRIO ESCÁPULA

IOJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE!

¡El *Emden*, el *Königsberg*, el *Moewe*...! Nombres gloriosos de barcos alemanes cuyas hazañas recuerdan, superándolas en ciertos aspectos, las de aquellos corsarios de los siglos XVI a XVIII, cuyos capitanes pasaban de un golpe de la condición de piratas a la categoría de almirantes.

¿Qué se ha hecho de aquella reputación legendaria de los marinos ingleses? Sus submarinos, mucho más numerosos, no pueden competir con los alemanes, ni con los austro-húngaros; a igualdad de fuerzas, o con una pequeña ventaja a su favor, los ingleses son batidos en todos los combates navales, y sólo obtienen la victoria, si victoria puede llamarse, cuando disponen de una artillería abrumadora por sus calibres y alcances; su triunfo de las islas Falkland recuerda aquel ejercicio de tiro al blanco que se denominó pomposamente batalla de Cavite. Para lograr éxitos de esta naturaleza no es menester una gran reputación naval. Dominando todos los mares con barcos de guerra, cruceros auxiliares y vapores mercantes armados, y teniendo abiertos todos los puertos, y contando con bases y depósitos carbónicos en donde quiera, Inglaterra no consigue apresar al *Goeben* y al *Breslau*, burlan su persecución otros muchos barcos, mercantes y de guerra, no consigue cerrar el paso a los submarinos, y ve con impotente rabia cómo disminuye pausada, pero intensamente, su flota comercial y cómo los fletes se elevan y se elevan...

El *Emden* y el *Königsberg*, en el Indico y el Atlántico, semejantes a buques fantasmas, sembraron el terror en las naves mercantes, de las cuales destruyeron un gran número, y desorganizaron por completo los servicios marítimos en pequeñas latitudes; sin tener dónde hacer aguada, tomar carbón o aprovisionarse, viven a expensas de sus presas, y su osadía llega al extremo de entrar en puertos enemigos y cañonearlos. Cayeron al fin bajo el plomo inglés, pero todavía los marinos alemanes escribieron otra página de oro, escapando parte de la tripulación del *Emden*, apoderándose de un vetusto barco mercante y cruzando el Océano Indico, de punta a punta, para desembarcar en la costa de Turquía.

El recuerdo del *Emden* y *Königsberg* está eclipsado por las proezas del *Moewe*. Sin que nadie lo advierta ni lo sospeche, este barco aparece un día en medio del Atlántico, da caza a los enemigos que encuentra, se apodera de ellos de grado o por fuerza, los echa a pique, salvando las tripulaciones, y en la mejor de sus presas, el *Appam*, sitúa unos oficiales y unos cuantos marineros y traslada a él el botín recogido. De sus aventuras no deja rastro, porque los hombres los tiene presos a bordo, y los testigos materiales son enviados al fondo del mar. Y un día aparece orgullosamente a la vista de las costas norteamericanas un barco, originariamente inglés, cobijado por el pabellón de guerra alemán, para demostrar el temple de alma de la marina imperial y dejar asombrados hasta a sus mismos enemigos. El Gobierno de los Estados Unidos declara al *Appam* buena presa, soberbia presa debió decir, y entonces se sabe que el *Moewe* lleva echados a pique siete barcos. El y el *Appam* se han burlado de la extraordinaria vigilancia enemiga, encomendada a varias docenas de barcos.]

El *Appam*, testimonio visible de la audacia alemana, causa la admiración del mundo, pero el *Moewe* ¿dónde está? Una nube de cruceros explora las aguas en todos sentidos, hasta que cierto día entra en el puerto de Santa Cruz de Tenerife el vapor *Westburn* y junto al formidable crucero acorazado británico *Sutlej*, de 12.000 toneladas, iza, entre burlón y retador, la bandera alemana de guerra. Como el *Appam*, el *Westburn* lleva a bordo las tripulaciones de otros seis barcos destruidos, custodiadas por otro pequeño núcleo destacado también del *Moewe*, de modo que este corsario ha causado ya catorce víctimas. Desembarca el *Westburn* sus prisioneros, mientras las naves inglesas y francesas, de guerra, entran y salen y se mueven con agitación febril, disponiéndose a recoger un éxito fácil. Los marinos alemanes conocen y observan las leyes del derecho marítimo; a las veinticuatro horas, el *Westburn* se hace a la mar, donde le aguarda el *Sutlej*, y cuando éste le enfila su proa para descargar su artillería sobre las frágiles tablas del improvisado barco alemán, el oficial Badewitz, en funciones de comandante, vuela el *Westburn* y regresa en botes, con sus hombres, al puerto.

Y ¿el *Moewe*? ¿Proseguirá sus hazañas hasta que su tripulación esté tan mermada que no le permita navegar, o será destruido antes? Probablemente, antes que se publiquen estas líneas estará despejada la incógnita. ¡No importa! La zozobra y el terror reinan en las compañías de navegación de la Cuádruple alianza. Como avechillas atolondradas ante la aparición del milano, centenares de barcos mercantes huyen desorientados, o detienen su salida, o se refugian en los puertos más próximos. ¡Cuán deleznable era el tinglado aparatosamente montado a favor del tan decantado dominio de los mares, cuando un solo barco alemán, y no de guerra, descompone todo el artificio!

Los Imperios centrales perdieron de un golpe, en veinticuatro horas, sus comunicaciones marítimas; se paralizó instantáneamente la navegación de sus barcos; como consecuencia, tuvieron que resignarse al comercio y al tráfico terrestre, y los hechos demuestran que la privación del mar no les ha llevado a la pérdida de su existencia. Naciones terrestres por antonomasia, en la tierra está la base de su vida, mientras que los aliados dependen del mar en parte principal: unos, como Inglaterra, por su situación insular; otras, como Italia y Francia, por la enorme extensión de sus costas; y los tres por las empresas lejanas en que están envueltos. No es extraño, pues, que les sean tan dolorosos los golpes que recibe su marina mercante; el dinero es cobarde, y se asusta como cien aunque el peligro sea como uno. Un aumento de un simple chelín en el flete, representa muchos millones de gastos; además los viajes se alargan, por la necesidad de cambiar las rutas, tomar puerto o detener la partida, y la consecuencia real es que disminuye, para los efectos mercantiles y del transporte del material de guerra, el número de los barcos empleados en esos vitalísimos e inaplazables cometidos.

No es esto lo más grave para los aliados. Más que el *Emden* y el *Königsberg*, el *Moewe* está demostrando el partido que se puede obtener de un grupo de hombres de corazón. ¿Qué marino digno de este

nombre, no mirará con noble envidia, quién no querrá emular las audacias de aquel barco? Cuando tan pródigamente se rinde la vida en los campos de batalla, en los aires y bajo las olas ¿será difícil encontrar quienes la expongan en correrías marítimas sin esperanza, pero de gloria sublime y beneficiosas a la Patria? Sin tratar de empañar la bien cimentada fama de la marina inglesa, de ilustre abolengo, es evidente que el espíritu de osadía, sintetizado en aquella frase nuestra: «¡Qué importa!», ha pasado a la marina alemana, que despliega todas las gallardías y el entusiasmo de su juventud. Si hoy es el *Moewe*, mañana serán dos o veinte los corsarios alemanes que surcarán los mares; siempre la superioridad de los aliados será aplastante, pero cada corsario hundido se llevará por delante una docena de víctimas. Entre permanecer inactivos, mustios, apesadumbrados, en sus puertos, los barcos alemanes más veloces, o emplearlos en herir y castigar al enemigo, la elección no ofrece duda. El mar es grande; sin cubrirlo de naves no puede vivir Inglaterra; los flancos de la ballena brindan abundante carnaza al pez espada.

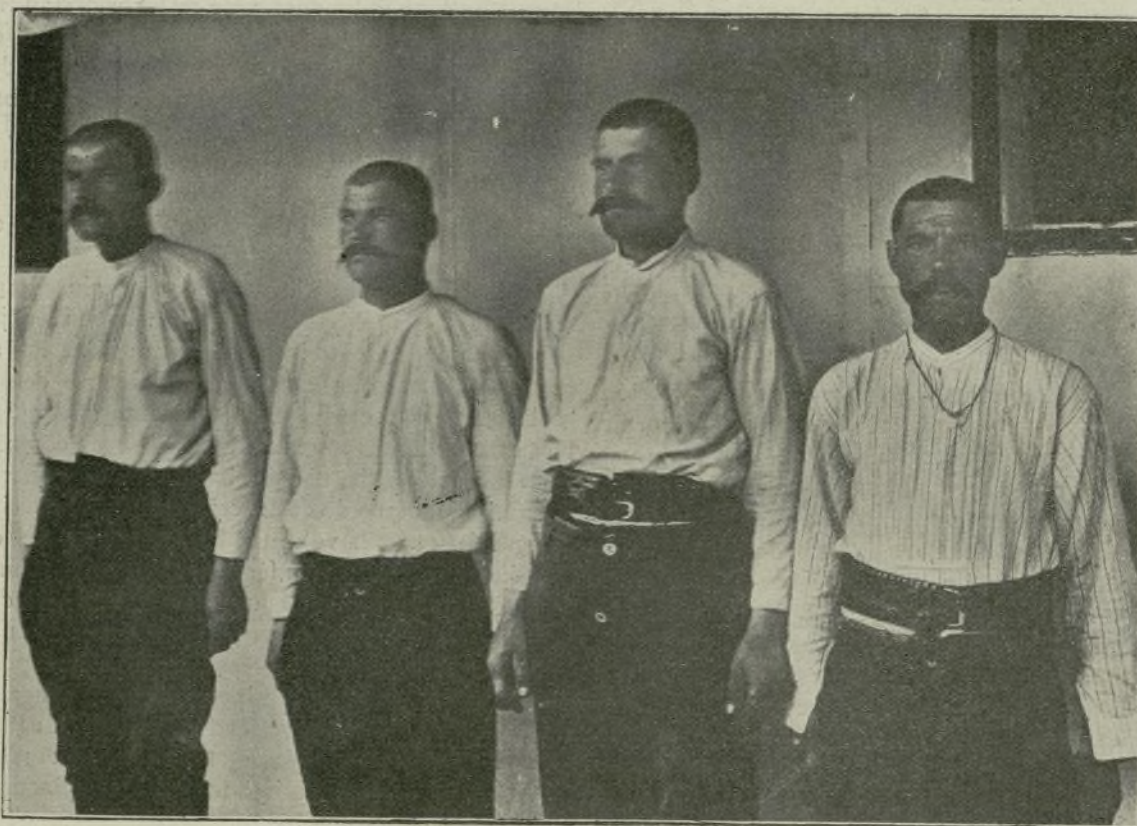
Es la respuesta alemana al bloqueo intentado por Inglaterra y comenzado por la creación de un Ministerio. ¡Ojo por ojo y diente por diente! Las mercaderías no llegarán ni directa ni indirectamente a la Europa Central. ¡Tal vez! Como justas y adecuadas represalias, Alemania procurará que los bastimentos no arriben a los puertos aliados. Submarinos y zepelines acecharán las terminaciones de las rutas marítimas; los corsarios se adentrarán en alta mar; implacablemente, sin piedad, hombres y máquinas serán enviados al abismo. No se apartará del pensamiento alemán que el adversario trata de que perezcan por hambre las mujeres, los niños y los ancianos; en estas condiciones ¿qué respetos osarán invocar los hombres? Quien se arriesgue sobre las olas, habrá de asumir la responsabilidad y la culpa de lo que acontezca. Planteada la guerra sobre estas bases, el marino mercante francés, inglés o italiano, que ejerza su profesión en estos tiempos difíciles habrá de ser considerado como beligerante, porque contribuye a la ruina y a la muerte de las naciones enemigas.

¡Guerra grandiosa, dentro de su crueldad espantable, la presente! Las furias del infierno, manejadas por el entendimiento humano que utiliza los adelantos de cuarenta siglos, parecen haberse desatado sobre la tierra, con sus mares y vientos; se golpean los contendientes con los brazos y con el corazón y con la inteligencia; nada se ha librado de ponerse al servicio del deseo de destrucción; diríanse tan inextinguibles como la voluntad las fuerzas de los contendientes; como el ave fénix que revive de sus cenizas, las energías de los luchadores aumentan cuanto más graves y profundas son sus heridas, cuanto más exangües están sus cuerpos. ¿Habrá que pedir a la Naturaleza, madre omnipotente, que ponga término a estos horrores, valiéndose de una de aquellas convulsiones que vivirán eternamente en el recuerdo de los hombres? Tal vez fuera lo más piadoso.

.....



Soldados rusos, poco después de caer prisioneros



Los mismos soldados, luego de sometidos a una completa desinfección



Vista interior del mercado de carne en conserva, de Hamburgo



Soldados ingleses prisioneros en el campamento de Doberitz

Ayuntamiento de Madrid

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El nuevo café de Sevilla

—¿Cómo van las narices de los ingleses, señor B? ¿Han crecido?

(El señor B).—¿Qué narices, ni qué camelancias son esas, don Subrio?

—¡Ahí es nada! ¿No se acuerda V. del *Moewe*, que ha provisto de tripulantes alemanes a media flota mercante aliada y es la pesadilla de John Bull y sus admiradores?

(El señor B).—¡Vaya una habilidad! Apoderarse de barcos indefensos o mal armados, y huir como del diablo de las naves de guerra. ¿Lo encuentra usted loable y digno de admiración?

—Lo que me parece es que el *Moewe* y sus hijos el *Appam* y el *Westburn*, por más ingleses que hayan sido, no han detenido ni molestado ni capturado a ningún barco neutral; ¿podrían decir lo mismo los barcos que protegen «la libertad de los mares»?

(El señor B).—¿Qué tienen que ver esas filosofías con las narices inglesas, a que V. aludía?

—¿Ha olvidado V. el brillante papel del *Sutlej*? El poderoso acorazado, con sus 12,000 toneladas y sus cañones de 23.4 milímetros, casi se cayó de espaldas o se acoderó sobre una banda cuando a sus mismas barbas izó el *Westburn* el pabellón de guerra alemán. ¡Ah! Si no hubiera estado fondeado en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, se habría comido crudo al *Westburn*. Inmediatamente, ya lo sabe V., comenzaron a funcionar las banderas de señales, los aparatos radiotelegráficos y todos los elementos precursores de una terrible batalla naval; barcos franceses, por un lado; ingleses, por otro... El enemigo se había metido en la trampa y no podía escapar. Se tocó zafarrancho de combate, fueron recordadas las palabras de Nelson antes de la batalla de Trafalgar—en la que tanta parte tomaron los franceses en la gloria de Inglaterra,—y el *Sutlej* salió majestuosamente de la bahía y fué a apostarse más allá de las aguas jurisdiccionales, esperando que, transcurridas las veinticuatro horas, abandonara el puerto el *Westburn*. Dicen lenguas maliciosas que el comandante del *Sutlej* había ya redactado el parte que había de enviar a su Gobierno, y que estaban preparadas las celdas para alojar a los cándidos alemanes, que no tardarían en caer prisioneros, víctimas de su estultez...

(El señor B).—Tengo la historia sabida y olvidada.

—No importa. Me la cuento a mí mismo, porque me parece muy divertida, primero, porque lo es, y, segundo, porque a V. le hace maldita la gracia... Es el caso que el *Westburn* puso proa al mar y enfiló hacia el *Sutlej*; pero cuando éste se preparó a romper el fuego, desde una distancia a donde no llegaban los fusiles alemanes, surgió una nubecilla, se oyó un estampido, y el *Westburn*—que volvió a recobrar la nacionalidad inglesa—dió un susto mayúsculo a los mónstruos submarinos, mientras los marinos alemanes regresaban sanos y salvos al puerto. La proa del *Sutlej* creció media milla, que es como se dice en el argot de a bordo un palmo de narices. No había motivo para menos, porque aquello fué

una tomadura de pelo en toda regla. ¡Y luego dicen que son seriotos los súbditos del Kaiser!

(El señor B).—Lo gallardo fuera que el *Westburn* intentara escapar.

—¿Gallardo, para quién? ¿Para el nuevo ministro del bloqueo o el flamante ministro de la aviación? Media Inglaterra se va a librar del servicio obligatorio por su ocupación al frente de los departamentos ministeriales. Es el *humour* inglés, que tanta aceptación ha tenido en Francia.

(El señor A).—La verdad es que da V. al caso del *Westburn* una importancia que no tiene.

—No opinan lo mismo los taberneros y cafeteros de los puertos neutrales de todo el mundo; porque al conocerse la jugarreta de los alemanes, no hubo lobo de mar que no libara en abundancia a la salud de los osados marinos y para *inri* de los ingleses; estos podrán molestar a la gente pacífica, pero no se librarán de figurar en múltiples escenas burlescas. La escuadra británica hay quien la compara con el cañón de Barba Azul.

(El señor B).—¿Y la alemana? ¿Me quiere V. decir para qué sirve la alemana?

—Para desempeñar, cuando acabe la guerra, el papel de jaque que tan concienzudamente asumía antes la inglesa. La carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo son igualmente temibles, casi tanto como el ejército del general Sarraíl, que está conquistando a los griegos.

(El señor A).—¿Reconoce V. la inutilidad de la incógnita flota de von Tirpitz? ¡Ya era hora!

—No divague V., señor A. Al referirme a la espada de Bernardo, me acordaba de la espantosa batalla naval reñida en la bahía lusitana de Lisboa.

(El señor A).—¿Otro delirio tenemos, don Subrio?

—¿No ha leído V. el relato? Protegidos por las sombras de la noche y embozados en amplias capas, unos cuantos personajes se reunieron en un antro misterioso, alumbrado por una mortecina bujía; cambiáronse las frases convenidas, que sustituyen al santo y seña de los ominosos tiempos en que aún había santos, y adoptáronse graves resoluciones. Los buenos lisbonenses dormían a pierna suelta, sin sospechar el espectáculo que se les preparaba. A la mañana siguiente, toda la escuadra lusitana, en orden de combate, rodeó a media docena de barcos alemanes, mercantes, desde luego, que estaban anclados allí hacía la friolera de año y medio, y les intimó la rendición, apoderándose de ellos. Realizada esta hazaña, el barco almirante, *Vasco de Gama*, disparó las salvas señalando la victoria y comenzaron los brindis. Ya ven ustedes, de un golpe, los portugueses han achicado a los ingleses y franceses; doscientos barcos andan bebiendo los vientos detrás de un corsario alemán, y en cinco minutos los lusitanos se apoderaron de seis vapores germanos; el séptimo no descansó, sino que escapó. ¡Oh manes do *Terror dos mares*, cuánta envidia sentiréis por el *Vasco de Gama*!

(El señor B).—¿Con qué objeto trae V. a colación semejantes pequeñeces, don Subrio?

—Para demostrar a ustedes que ingleses y franceses han descendido tanto, que cualquiera se atreve a emular sus glorias; los portugueses los han dejado tamañitos, y no digo nada de los italianos...

(El señor A).—¿Aquellos a quienes V. llama los huéspedes del Isonzo?

—Los mismitos, que no sé si están vivos, pero sí coleando. Por no ser menos que los portugueses, se jactan ahora de que son los únicos aliados que están en territorio enemigo y que sostienen la ofensiva, es decir, que las únicas victorias de los aliados son las italianas. Claro es que la modestia se queda aparte y el Annunzio tan fresco, en su aeroplano y con sus proclamas. Y aún hay más: parece que quieren exportar unas cuantas de sus victorias, a cambio del carbón que les hace falta. Pero es lo que dice Inglaterra: ¡se acabó el carbón!; y los italianos siguen aferrados a su ofensiva y al cultivo del adjetivo, que si no es tan alimenticio como las coles, por lo menos da lustre, y motivo a un futuro Dante para añadir unos cuantos capítulos a su *Infierno*. No digamos por mar: nada menos que 500,000 quintales ha transportado la armada italiana a través del Adriático; ¡vaya un comisionista que les ha salido a los aliados!

(El señor B).—Todo es necesario, hasta lo más nimio, en la guerra.

—Lo cual no quita que unos combatan y se hundan gloriosamente en los Dardanelos y otros transporten. ¡Cómo repicarían las campanas de Milán si no fuera por los aeroplanos austriacos! Aquellos famosos partes de los franceses, en que se conjugaba el verbo progresar, son tortas y pan pintado comparados con los italianos que glosan el verbo transportar y narran los intensos combates en el Isonzo y en picos que nadie sabe donde están.

(El señor A).—V. no lo sabrá, pero yo sí: se encuentran en el Tirol.

—En las nubes o un poco más allá creía yo que estaban los italianos; y además, de incienso.

(El señor B).—La nación latina ha sido siempre un poco dada a la hipérbole y se la pueden perdonar sus pequeñas exageraciones en gracia a su buena voluntad.

—¿Reza también la hipérbole con los flamencos y valones, mi querido señor B?

(El señor B).—¡Qué! ¿También tiene V. que decir algo de los belgas, después de tanto tiempo de

no mentarlos? ¡Déjelos V. en paz, los pobres, que no están para chanzas!

—Si son ellos los que se *manifiestan*, sin que nadie les llame. Han resultado los más chistosos de todos. A su lado, los rusos son unos párvulos. Como se codean con ingleses y franceses, y tal cual senegalés y mahorí, se les ha pegado el delirio de grandezas.

(El señor A).—¿Qué es ello, don Subrio? O no me he dado cuenta, o inventa V.

—¿Por ventura no ha leído V. las declaraciones de cierto personaje belga, que come el amargo pan del destierro, como dirían los intelectuales de ir por casa? Es el caso que el otro día, cuando la conquista gloriosa del Kamerún por los ingleses, un cabo y cuatro soldados alemanes se extraviaron por el camino y llegaron cerca de la frontera del Congo belga; fuera el calor, fuera efecto de alguna bebida alcohólica, o tal vez el miedo que les entró al ver el pabellón belga, es el caso que no se atrevieron a transponer la línea divisoria y se sentaron a reposar a la sombra de un cocotero. Advertidos los belgas del Congo, entraron en son de guerra en el Kamerún, amarraron a los germanos y tomaron posesión de aquel pedazo de territorio enemigo, casi tan grande como la Bélgica que aún no es alemana.

(El señor A).—Mucho embellece V. el relato, y lo adereza a su gusto. ¿A dónde quiere V. ir a parar?

—A las declaraciones del consabido personaje; comentando ese hecho, declaró a los periodistas el siguiente secreto de Estado: «Nosotros, los belgas, es verdad que estamos reducidos en Europa a la condición de víctimas; pero en África nuestro papel es muy brillante, porque tenemos el de conquistadores». Y el mozo, que estaba en Dunquerque, miró si venía algún proyectil alemán.

(El señor B).—En resumen ¿cuál es la moraleja de sus discursos de hoy, don Subrio?

—Que no parece sino que los aliados de menor cuantía se han reunido en un café de Sevilla: Usted, compare, es un bravo.—Y V. un valiente.—¡Viva tu mare!—¡Y tu abuela, que ya sé que se murió hace tiempo!

SUBRIO ESCÁPULA

CRÓNICA MILITAR

I. Los ataques alemanes y los franco-ingleses.—II. Verdun y el error alemán.—III. Sobre la preparación del ataque a Verdun.—IV. Las batallas de Verdun.—V. La situación el 6 de marzo

I.—Los ataques alemanes y los franco-ingleses

Las diversas acciones ofensivas que, en el frente occidental, han entablado los beligerantes en los últimos meses, siguen revistiendo los mismos caracteres de las anteriores, que examiné en una *Crónica* tiempo atrás. La diferencia que se observa entre los ataques de los franco-ingleses y los de los alemanes, no deja de sorprender al observador neutral y desapasionado.

Sin mentar aquella interminable batalla del Aisne, con su última fase de Ipres, todas las acometidas de los aliados se han desenvuelto premiosamente, lo

que equivale a decir que derramaron la sangre a torrentes. Las batallas de Arras y Souchez; las de Loos; las de los altos del Mosa; las primeras de la Champaña; las del Argona; y los combates en la alta Alsacia, se prolongaron días y días. El escaso terreno conquistado hubo de ganarse palmo a palmo, embebiéndose reserva tras reserva en la línea de ataque; como consecuencia, el atacante quedaba agotado antes de llegar a la posición enemiga principal y sus pérdidas eran aterradoras; se imponía un período de reposo, a favor del cual los alemanes, mediante contraataques parciales, recuperaban parte del terreno perdido. La última batalla de la Champaña fué una excepción; el cañoneo preliminar duró tres días

y dos el asalto propiamente dicho; pero en aquella ocasión los franceses pusieron en línea una masa de tropas abrumadora, debilitándose en el resto del frente y exponiéndose a ser rotos al E. o al O. del sector de ataque. Los alemanes tenían, a la sazón, débilmente guarnecida su línea y no pudieron responder a la ofensiva en la Champaña con el avance en otro punto; desde entonces la situación ha cambiado, la densidad de la ocupación alemana ha aumentado y han disminuído, sin desaparecer, las probabilidades de que tenga éxito una segunda ofensiva en grande escala.

Los ataques de los aliados se distinguen por su perseverancia y lentitud, caracteres poco en armonía con el modo de ser del ejército francés; las operaciones de los ingleses han sido constantemente más desmañadas y torpes, según era de esperar de la improvisación y escasa preparación de aquel ejército. En conjunto y en detalle, no se ha visto ningún golpe vigoroso, rápido, de aquellos que no dan lugar a que el atacado se aperciba a la defensa.

Al contrario de los anteriores, los ataques alemanes se desenvuelven en cortísimo tiempo; si el efecto de sorpresa se logra, se persiste en ellos; cuando no, se interrumpe el combate. Los combates reñidos desde el canal del Iser hasta la colina 60, al N. y E. de Ipres, donde por primera vez aparecieron los gases asfixiantes, se resolvieron en pocas horas. Lo mismo aconteció en repetidas ocasiones en otros lugares. La batalla de Soissons, no llegó a dos días; los contraataques en Alsacia fueron casi instantáneos; la única excepción se encuentra en las luchas del bosque de Argona, desarrolladas valiéndose de la zapa y de la mina. Ultimamente, las batallas de Verdun corroboran lo que digo: los pueblos conquistados por los alemanes han caído en menos horas que días costó arrancarles Carenzy, Souchez y algunos más.

¿Proviene esa diferencia de la calidad de las tropas, del funcionamiento de los servicios de retaguardia, de la eficiencia del mando en todas sus categorías, de que sean más fuertes las posiciones alemanas que las franco-inglesas? Sería temerario atribuirla a una determinada de esas causas. No merece el mando francés el dictado de incompetente, ni mucho menos; sus tropas son sólidas y aguerridas; perfecta la red de comunicaciones y muy bien establecidos los servicios; los atrincheramientos de los aliados nada tienen que envidiar a los del adversario. Ni siquiera cabe alegar ya la superioridad de los alemanes en artillería pesada. De los relatos de los correspondientes se deduce que la vigilancia en el lado alemán es más esquisita que en el opuesto, pero la ventaja es tan nimia que no cabe fundar serias consecuencias sobre ella. Lo que primero se ocurre, y es menos molesto para todos, es atribuir al factor moral la diferencia expresada. Tantas campañas en los varios frentes y tantos éxitos, han acostumbrado al ejército alemán a la idea de su superioridad; mientras que el curso que ha tenido la guerra no ha podido menos de llevar al ánimo del soldado francés la convicción de que el alemán es un terrible adversario; si a pesar de esto ataca y lucha y consigue avanzar algunas veces, ello, que revela la fortaleza de su espíritu y su firme disciplina, no es bastante a hacerle olvidar su condición de invadido, ni la impotencia que acompaña a sus esfuerzos. Después de la

guerra se sabrá si la verdadera causa es o no la expuesta; no es por ahora de grande interés, puesto que lo único que importa es el hecho material, por lo menos para los neutrales.

En la larga e ininterrumpida serie de menudos incidentes que forman el proceso bélico en el frente occidental, hay otra circunstancia que merece fijar la atención. Cada vez que los aliados obtienen un éxito de relativa importancia, sus enemigos, mediante contraataques parciales, bien preparados y muy rápidos, recobran una parte mayor o menor, casi siempre la principal, del terreno perdido, resultando a la postre que los sacrificios, a menudo inmensos, de los franco-ingleses, no han tenido prácticamente ninguna utilidad. Pero cuando los alemanes son los vencedores, su adversario no lleva a cabo de un modo sistemático y perseverante esas acciones de detalle, resignándose a atrincherarse un poco más atrás. La línea general no se modifica por eso, pero padece el espíritu de unas tropas y se robustece el de las otras, creándose aquel estado a que aludía antes. ¿Es desidia del mando francés? No es de creer. En los asaltos de detalle la calidad de las tropas es el factor decisivo; los dos ejércitos tienen en el frente innumerables reservistas, junto a fracciones del ejército propiamente activo o de primera línea; el secreto está en emplear estas últimas en la medida justa y adecuada para no malgastarlas estérilmente, y en este concepto no puede desconocerse que el mando alemán demuestra más habilidad.

En una guerra que ha puesto al servicio de los contendientes todos los recursos de protección y ofensa que ha discurrido el ingenio humano, y en la que las posiciones adversarias están separadas entre sí sólo algunos metros, el más insignificante descuido o defecto tiene dañosas consecuencias, aunque pequeñas. El oficial subalterno, hasta capitán, desempeña aquí un papel mucho más decisivo que en la gran guerra de maniobra. Recuérdese lo que llevo dicho en otras *Crónicas* acerca de la oficialidad de los ejércitos, y se comprenderá lo que sucede, entendiéndose que no me refiero a la competencia y capacidad profesional, sino al concepto que cada oficialidad tiene de sí misma dentro del Estado y de la nación en armas.

II.—Verdun y el error alemán

En mis *Crónicas* primeras, del mes de agosto y primera quincena de septiembre de 1914, argumenté con insistencia sobre el verdadero alcance que a mi juicio tenía la maniobra envolvente dirigida por los alemanes a través del territorio belga, y a pesar de que los hechos negaban la veracidad de mis creencias sostuve que el ataque principal había de emprenderse contra la frontera del N. E. francés, y que la maniobra por Bélgica era simplemente auxiliar; me equivoqué y así lo hube de declarar. Pero, a la postre, se ha visto que quienes se engañaron fueron los alemanes.

Llevaron éstos a la más alta exageración la aplicación de Moltke de que en la guerra no hay otro objetivo que la destrucción del ejército enemigo. Todos los principios, por acertados que sean, cuando se sistematizan pierden su bondad, y esto es lo que ocurrió en la primera fase de la guerra con los objetivos

perseguidos por el alto mando alemán. Corriendo tras del ejército francés, desdeñó el mando alemán los demás objetivos, pensando sin duda que si venía y destrozaba a los franceses, todo lo demás lo obtendrían sin esfuerzo, y se equivocó. Fueron derrotados los belgas, y los franceses y los ingleses, pero la masa principal corrió a refugiarse detrás del Marne, abandonándolo todo, pero salvando sus hombres y gran parte de su material. Las formidables plazas fronterizas del N. E. no fueron atacadas seriamente, se descuidó la dominación de las regiones inmediatas al canal de la Mancha, y al cabo lo único que se logró, en territorio francés, fué la ocupación de una zona más o menos extensa, sin echar abajo las grandes y sólidas puertas que protegían el interior de la República. De aquí la larga e indecisa campaña de mediados de septiembre de 1914 a fines del pasado febrero. Si en vez de seguir apresuradamente detrás de los franceses en retirada, los alemanes se hubieran extendido hacia la costa, a la sazón apenas guarnecida y cuando sus débiles guarniciones estaban en plena desmoralización por la derrota del ejército principal, Dunquerque y Calais estarían desde entonces en sus manos, y la guerra hubiera tomado otro cariz más favorable al invasor. En el otro extremo, con la mitad del empuje desplegado en Vitry-le-François, y la cuarta parte del que ahora se está desenvolviendo contra Verdun, esta fortaleza, y probablemente también Toul, hubiese pasado a poder de los alemanes, y no fuera posible la resistencia de los franceses en sus actuales líneas. En todo momento estuviera pendiente un peligro gravísimo sobre el ejército del país invadido; fuera menester concentrar casi toda la atención en la frontera del N. E., en parte destruída con la caída de Verdun, y obligado el ejército francés a atender sus puertas del E. y no pudiendo separarse los ingleses mucho del litoral, quedara entre ambos núcleos una solución de continuidad que, aunque fuera cubierta con tropas de reserva, facilitara extraordinariamente a los alemanes cualquier empuje contra uno o los dos ejércitos enemigos.

De esta suerte, el alto mando alemán tuvo a su alcance, en aquellos angustiosos días para Francia de últimos de agosto y primeros de septiembre, los dos grandes objetivos por los cuales ha luchado empuñadamente después y ha derramado abundantísima sangre. Fueron despreciados los objetivos geográficos y las plazas fuertes, y el descuido les ha costado muy caro. No hay duda que se equivocaron, y por consiguiente que acertaron los que opinaban en contra de los planes que desarrollaron los generales del Kaiser.

¿Cuál era, en síntesis, el fundamento de la opinión que entonces sostuve? Muy sencillo: que en la guerra lo más simple es lo mejor, por costoso que a primera vista pueda parecer; lo artificioso suele fracasar cuando se tiene delante de sí un ejército bien organizado e instruído y bien mandado; y lo más sencillo, dado el defecto capital de la concentración francesa, que a su tiempo expuse, era procurar descomponer el frente de despliegue enemigo—como lo efectuaron realmente los alemanes mediante la invasión de Bélgica—y romper el principal para obtener un éxito decisivo y, además, disponer en todo tiempo y cualesquiera que fueran las consecuencias de las

primeras operaciones, de un portillo que hiciera posibles las maniobras sucesivas. Esto no lo alcanzaron los alemanes, y pudieron alcanzarlo sin necesidad de extremar sus sacrificios. Por fin se han decidido a ello, con tal vigor y una resolución tan extraordinaria, que les redimen en parte de la ofuscación padecida en los primeros días, debida tal vez a exceso de confianza en sí mismos y a un desprecio inmotivado del valer de su adversario.

Este, por su parte, conocedor, como cualquiera que haya seguido con atención la marcha de la guerra, del error alemán, había de esperar que más tarde o más temprano lo repararían los alemanes, y lo cierto es que si bien los franceses han hecho mucho por asegurar la posesión de Verdun, no han agotado, como se ha visto, los medios de conservar la fortaleza, que no estaban tanto en las fortificaciones y artillado, como en el ejército de primera línea. No están, pues, exentos los franceses de reproche.

III.—Sobre la preparación del ataque a Verdun

El ataque a las líneas de Verdun fué una sorpresa para todos; sin ella no hubiera tenido la menor probabilidad de éxito. No recelaban los franceses tal acometida; aunque no lo hubieran declarado y reconocido, bien a las claras lo comprueba el envío apresurado de reservas al lugar del combate, desde puntos bastante alejados y la incautación de todos los servicios ferroviarios para el traslado de elementos humanos y de material al sector de la gran fortaleza. Sin embargo, los preparativos necesariamente han debido ser extraordinarios y comenzados con muchísima antelación. La vigilancia de los aviones franceses, y los servicios de espionaje y de información no los llegaron a descubrir, y ello indica que la concentración de tropas, el acopio de artillería, municiones y vituallas de todas clases, se hicieron con lentitud, y precediendo a la llegada de todos los alojamientos y abrigos para que las concentraciones no se hicieran visibles a los reconocimientos enemigos. Acaso desde que terminó la campaña contra Serbia comenzaron los preparativos contra Verdun, lo que indica, si fuera menester demostrarlo, que tal ataque no fué obra de una decisión de última hora, ni fruto de una improvisación puesta en práctica a toda prisa. El plan es antiguo, y esos Consejos de guerra de que tanto hablan los periódicos son fantasías como otras muchas anteriores.

La preparación ha sido una obra maestra. Si se leen las últimas *Crónicas* se advertirá desde luego la vacilación, el estado de confusión en que se encontraban los espíritus en las últimas semanas, sobre todo desde que se inició la ofensiva alemana en el Somme; y en ese desconcierto no sólo se encontraban los neutrales, sino también los franceses, como ellos mismos han confesado. De esta suerte, la primera condición de la victoria la obtuvieron los alemanes mediante el asombroso secreto con que llevaron a cabo sus preparativos.

Aparte de esto, ¿era o no de esperar que fuese atacado Verdun? Varias veces he indicado que Verdun constituía uno de los puntos preferentes para los asaltos alemanes; en mi *Crónica* del 31 de diciembre del año pasado recordaba que la decisión

tenía que buscarse probablemente en el N. E. de Francia, y manifestaba mi sorpresa por no vislumbrarse indicios de que esta operación estuviese próxima. No un prejuicio, sino el examen de la situación general, movía a creer en la necesidad del ataque el día en que los alemanes se propusieran ejercer un esfuerzo a fondo contra el frente franco-inglés.

La ruptura de este frente, aparte de sus naturales dificultades, exponía a muy serios e inevitables peligros: el de que los aliados cayeran desde los dos flancos sobre el cuerpo de ruptura, aprovechando la extensa y completa red de vías férreas francesas; el enorme número de bajas que costaría un éxito, cuyas únicas consecuencias podrían reducirse a una mera ganancia de territorio, no decisiva para la guerra; la consideración de que una victoria comprada a este precio no podría igualarse, por su trascendencia, a otra menos costosa lograda en el frente ruso; el hecho de que los ingleses no perderían el enlace con su base y, por consiguiente, inducirían a Francia a proseguir la resistencia, por contar con la ayuda y cooperación británicas... Por lo demás, nunca he creído, y lo he dicho con frecuencia, que las líneas de atrincheramientos del frente francés, por fuertes y sólidas que sean, fuesen capaces de resistir una acometida en grande escala y costase lo que costase; cuando las más formidables plazas fuertes no han podido resistir la oleada de hierro seguida por la marea humana, era pueril imaginar que líneas más débiles dieran mejor resultado. El tiempo lo ha demostrado.

Conviene anticiparse a la anunciada ofensiva combinada de los aliados y no prometiendo positivas ventajas la ruptura del frente, es indudable que lo más indicado era apoderarse de la posición que servía de eje y punto de apoyo a la línea entera, porque, una vez tomada, el resto del frente se descompondría y sobrevendría la modificación general del actual estado de cosas, haciendo posible una guerra de maniobra, de rápidos resultados. El punto de apoyo es Verdun. En el otro extremo se afirman los aliados en la costa, cuyo dominio, que implica el del mar, no pueden disputárselo los alemanes. Tomado Verdun, sobrevendría inmediata y fatalmente la rectificación del frente de batalla de la Champaña y las consecuencias se extenderían hasta el británico, porque debiendo los franceses cubrir a París, más directa y seriamente amenazado que hasta ahora, el centro de gravedad de las masas se trasladaría hacia el E. y quedaría en situación más comprometida el enlace con las tropas inglesas. Claro es que se derrumbaría la base—Verdun—en que descansa toda la muralla que detiene el avance de los alemanes; cuantos preparativos de defensa y organizaciones han hecho los aliados habrían de ser abandonados y la guerra recobraría el carácter que perdió al retirarse los alemanes al Aisne. Nada tiene, pues, de sorprendente el ataque a Verdun, y lo único que pasma es que su fase preliminar haya quedado inadvertida al defensor.

Que la empresa requiera sacrificios inmensos no puede ponerse en duda, pero no fueran mucho menores los impuestos por un ataque en otro cualquier punto de la línea, sin que las ventajas fueran tan manifestas e inmediatas. Y, sobre todo, cuando los sacrificios conducen a un éxito de consideración

nunca son excesivos, mientras que han de reputarse baldíos y estériles cuando se prodigan en pequeña escala en la guerra de trincheras, que se eterniza sin resultado; las bajas padecidas en el último año de operaciones no han sido menores seguramente que las ocurridas en las batallas de Verdun.

Pero, ¿ha de creerse que el número de muertos y heridos es tan crecido como dicen los periódicos? Sin vacilar se puede contestar con una negativa. A semejanza de lo que ocurrió en la batalla de la Champaña, los primeros avances se hicieron bajo la protección del fuego de la artillería, que hacía materialmente imposible la vida en la zona batida; sólo así se comprende que los franceses hicieran 25,000 prisioneros, y los alemanes 17,000 en los primeros días de su ataque contra las defensas avanzadas de Verdun. Aquella batalla de la Champaña fué una excelente lección para los alemanes; detúvose el avance francés porque luego de conquistadas las primeras líneas enemigas, la artillería no pudo preparar eficazmente el asalto ulterior, bien porque careciera de municiones, que es lo más probable, ya porque no se hubieran adoptado las medidas adecuadas para establecerla sin pérdida de tiempo en las nuevas posiciones. En Verdun, la artillería alemana, por lo menos en la primera fase, hasta la conquista del fuerte de Douaumont, no cesó un momento de tronar, y su fuego fué tan intenso y bien dirigido, que no sólo batió los puntos que había luego de atacar la infantería, sino que extendía su tiro a las posiciones de retaguardia e iba avanzando a medida que se ganaba terreno. La batalla en los primeros días fué esencialmente artillera, sin perjuicio, claro está, de que la infantería realizara actos de heroísmo y demostrara una abnegación y espíritu de sacrificio admirables. Por esta razón creo que se han exagerado mucho las pérdidas del atacante, aunque es natural que hayan sido muy elevadas. Cómo se ha podido municionar a la artillería, poniendo a su disposición verdaderas montañas de proyectiles que le permitieron sostener un fuego devastador durante cinco días, es un detalle en el que todos tendremos mucho que aprender cuando sea conocido y que acredita a los servicios de abastecimiento, y, en general, de retaguardia, de aquel ejército.

IV.—Las batallas de Verdun

El Mosa pasa por Verdun, en dirección S.-N., y formando varias curvas bastante cerradas sigue hacia Mezières y Givet, en cuyas inmediaciones entra en territorio belga. El valle, algunos kilómetros aguas arriba y abajo de Verdun, es bastante encajonado; mide como promedio unos 600 metros de anchura, y a derecha e izquierda se eleva el terreno, formando líneas escalonadas de alturas, siendo las dominantes las de la margen derecha u oriental, donde se han desarrollado las últimas batallas. Este sector del N., a la derecha del N., que es el más importante, está dividido en realidad en dos zonas, la de Samogneux y la de Ornes, por la carretera de Verdun que pasa por Beaumont y continúa al N., de suerte que es punto menos que imposible dar completa unidad a los combates en todo el frente. El punto culminante de todo el sector es donde está el fuerte de Douau-

mont (388 metros), que se encuentra en el centro de una meseta orientada de N. a S. y cortada en sus flancos por numerosos barrancos. La altitud del valle de Verdun es de unos 200 metros, y la de las alturas de la orilla izquierda u occidental de unos 320.

El terreno desciende suavemente al N., y muy rápidamente al E., sobre los llanos del Woewre. La primera posición francesa, compuesta de tres líneas a vanguardia de los fuertes destacados, se apoyaba en una cortina casi ininterrumpida de bosques, y tenía la ventaja que desde las alturas de más atrás se la podía apoyar con el fuego dominante de infantería y artillería. Los alemanes comenzaron por batir con sus piezas pesadas los bosques de Haumont, Caures, Vaorille y Herbebois, y una vez quebrantada, puede decirse que destruída, la primera posición enemiga, pronunciaron un doble ataque en punta en los dos sectores separados por la carretera de Beaumont. La masa de artillería debió de concentrar sus fuegos con preferencia contra el sector de Ornes, porque el avance fué más rápido en él; al llegar la infantería alemana al borde N. de la meseta de Douaumont, el sector de Samogneux quedó dominado por el fuego del asaltante, y sobrevino la rápida retirada de los franceses, que evacuaron Champneuville y se replegaron a Bras. Coincidiendo con este repliegue y aprovechando unos afortunados disparos contra el fuerte de Douaumont, el atacante, con vigoroso empuje, se apoderó de este fuerte, que es la llave de la posición. No se resignaron los franceses y contraatacaron repetida y desesperadamente, siendo esta la fase más dura de la batalla; rechazados, por fin, todavía resistieron cuatro días en el pueblo de Douaumont.

A favor de estas batallas, otro ejército alemán adelantó fácilmente por los llanos del Woewre hasta el pie de las alturas, de suerte que por el N. y el E. se ha formado una tenaza que encuadra la meseta de Douaumont y sus estribaciones del S.

En este estado la lucha, y habiendo tenido tiempo sobrado el atacante y el defensor para llamar tropas de reserva, resulta muy expuesto y arriesgado el empleo de la infantería, y la batalla tendrá que resolverse principalmente por la acción de la artillería. En efecto, del lado de los franceses, el frente de despliegue se ha reducido, a causa de la pérdida de terreno, a 8 kilómetros, y en tan limitada extensión la agrupación de fuerzas muy numerosas sólo conduciría a multiplicar las bajas, porque casi no habría proyectil enemigo perdido; lo más lógico es el empleo de fuertes columnas de contraataque, que se empeñen en los momentos del combate próximo, cuando calla la artillería. Los alemanes, a su vez, habrían de avanzar en terreno descubierto y perfectamente batido por los cañones de los fuertes permanentes y por el resto de la artillería, y exponerse, antes de llegar a las líneas enemigas, a la contraofensiva francesa, y como desde sus primitivos asentamientos las piezas pesadas alemanas no pueden batir con plena eficacia la actual posición francesa, porque el frente alemán ha avanzado más de 10 kilómetros, prolongándose en esta longitud la distancia de tiro, natural es que haya ocurrido una pausa en los combates, hasta establecerse en nuevas posiciones los cañones alemanes. Encomendada la labor a la artillería, lo más probable es que los fuertes sean

destruídos uno a uno y Verdun tenga que ser abandonado, a menos que uno de los contraaques franceses tuviera pleno éxito.

Hay que considerar, sin embargo, a Verdun en un doble aspecto: como punto de apoyo general del frente anglo-francés, y como centro de gravedad del ejército francés. En el primer concepto, su caída implicaría la modificación y retroceso de toda la línea, pero como daría tiempo a preparar nuevas posiciones el resultado estratégico se reduciría a la ganancia de una superficie de terreno mayor o menor, y la verdadera maniobra seguiría siendo poco menos difícil que antes. Desde el segundo punto de vista, atraído el grueso del ejército francés a Verdun, se presenta la ocasión de asestarle un fuerte golpe, mediante un ataque al O. o al S. E. de la fortaleza, que ponga en precipitada retirada al defensor, o ejerciendo una vigorosa ofensiva en otro punto del vasto frente.

Tal como se encuentra hoy la situación, y teniendo en cuenta el efecto de atracción que ejercen los ataques alemanes en el N. de la meseta de Douaumont, lo más probable es que los combates no tengan el objetivo limitado de adueñarse de la fortaleza, sino que la conquista de ella no sea más que un incidente, obligado, de una maniobra mucho más amplia. Si así fuera, la resistencia francesa se prolonga demasiado, y convendría al defensor comenzar desde luego a descongestionar aquel sector, previniéndose para lo que vendrá después.

V.—La situación el 6 de marzo

Sin que hayan cesado los combates en el sector de Verdun, la lucha es menos violenta y se ha concentrado en algunos puntos. Ello es consecuencia de la necesidad en que se han visto los alemanes de trasladar sus baterías pesadas a nuevas posiciones más avanzadas, desde las que se pueda batir eficazmente las líneas francesas, y también proviene de haberse estrechado el frente de combate, impuesto por las revueltas del Mosa; presentes los refuerzos franceses y no midiendo más de 8 kilómetros la línea que va desde el S. E. del fuerte de Douaumont a Vacherauville, los ataques generales caerían bajo el fuego exterminador de los cañones y ametralladoras franceses. Se imponen, pues, los asaltos parciales, limitados, después de su preparación por la artillería, y este método es el que están empleando los alemanes. El pueblo de Douaumont y los bosques al E. de Vacherauville han caído en sus manos.

Aunque más bajas las colinas de la orilla izquierda—occidental—del Mosa que las de la margen derecha, el considerable avance de los alemanes en el sector N. de Verdun, dió por resultado que el frente de batalla quedase en saliente con respecto a las alturas de Forges, y por lo tanto batido de flanco y oblicuamente de revés por la artillería francesa apostada en la izquierda del Mosa. Para establecer firmemente la línea y ponerla en condiciones de llevarla más adelante, era menester ganar terreno al Oeste del río; el primer punto asaltado y conquistado ha sido el pueblo de Forges; el cañoneo es muy vivo en este sector.

¿Cómo, siendo de presumir que Forges, y luego Regneville y Cumières, serían atacados, los france-

ses no adoptaron las medidas adecuadas a que fracasara el intento del enemigo, toda vez que disponen de tropas tan numerosas o más como las del ofensor? Cuando dos adversarios son igualmente fuertes y el uno se mantiene a la defensiva, mientras el otro ejercita su iniciativa, el primero concluye por ser derrotado, porque como no puede saber de antemano los puntos en que el atacante irá concentrando sucesivamente sus fuerzas, resulta de hecho más débil en todos. Este hecho, tan antiguo como el mundo, se está presentando ahora en Verdun, como antes se pusiera de manifiesto, en el concepto estratégico, en todos los teatros. Para que los franceses puedan abrigar fundada confianza en la resistencia de Verdun, será menester que a lo largo de todo el frente sean tan fuertes, por lo menos, como las columnas que el atacante envíe sucesivamente al asalto, es decir, que el efectivo del defensor tendría que ser muy superior al de su enemigo. Según esto, si los alemanes se han propuesto realmente apoderarse de Verdun y no atraer las reservas francesas a este sector, para ellos atacar a fondo en otro, hay que concluir que si los franceses no cambian de táctica y pasan a una resuelta ofensiva, la fortaleza caerá más o menos pronto, sin que su conquista cueste un número desproporcionado de bajas al vencedor; suponiendo que la batalla se desenvuelva en esta forma, sus últimas fases serán aún más rápidas que las primeras.

En los combates de los dos últimos días, los alemanes han cogido otros mil prisioneros.

En Flandes, sigue la lucha de trincheras; se anuncia una concentración alemana al N. de Lille. En Champaña, los alemanes han obtenido pequeños éxitos, que sumados a los anteriores hacen que la situación vaya siendo inquietante. En el Argona, en Lorena y en Alsacia, truena el cañón y las dos infanterías se dirigen golpes parciales.

No hay que mencionar ningún hecho interesante en el frente oriental, en el austro-italiano, en Albania, Macedonia, Egipto y Mesopotamia.

En Armenia, los rusos han limpiado de turcos la región al E. de Erzerum, habiendo entrado en Bitlis y dominado el territorio que se extiende hasta la frontera persa. Los destacamentos turcos que que-

daban en el sector de Van eran débiles y carecían de apoyo, de modo que ninguna dificultad han opuesto al avance de los rusos, que vuelven a extenderse también en el centro de Persia. En cambio, no se sabe que haya ocurrido ningún encuentro entre los turcos que desde Erzerum se retiraron al Oeste y el vencedor, lo cual hace sospechar que Rusia se propone un objetivo de conquista antes que un éxito militar.

Para que sus miras sobre Persia no tropezaran con serios obstáculos, era menester desalojar a los turcos de Erzerum y las comarcas fronterizas, y esto es lo que ha hecho, sin preocuparse demasiado del ejército enemigo que se encuentra no lejos del litoral del mar Negro. Por cortas que sean las fuerzas que ha dedicado a esta empresa, es tan vasta la región en que operan y está tan subdividida la defensa, que forzosamente el ejército del S. E. del Cáucaso ha de estar formado por muchos millares de hombres; agregando los que integran el principal del sector de Erzerum, se llega a un número que no debe de bajar de quinientos mil combatientes. Pero aunque sólo fueran la mitad ¿es posible que Rusia tenga la seguridad de que no le van a hacer falta en breve en el frente austro-alemán? Aunque así fuera, aquella masa de refuerzo permitiría a los rusos tomar la ofensiva con probabilidades de éxito, anticipándose a los imperiales como éstos se han adelantado a los franceses. Toda vez que Rusia desatiende el teatro principal por el secundario, hay que creer que se preocupa ya del fin de la guerra y trata de desquitarse de sus desgracias en Europa a expensas de los turcos en Asia.

Los zeppelines alemanes han bombardeado de nuevo las costas orientales de Inglaterra.

Ha regresado a su base naval de Alemania el famoso *Moewe*, después de echar a pique quince barcos mercantes enemigos, de un tonelaje total de 57.406. No se sabe a punto fijo qué clase de buque es el *Moewe*.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

7 de marzo 1916